

De crisis personales y políticas. Cavilaciones de una feminista abatida

Denise Paiewonsky¹

Una hora de gimnasio, quince minutos de sauna y una ducha fría. Comenzaba mi día de la manera más placentera, como lo he hecho tres veces por semana desde hace más de un año. En ese tiempo el gimnasio ha cambiado mi cuerpo, pero más que nada ha cambiado mi relación con mi cuerpo. El feminismo me enseñó cómo el patriarcado me escindía el ser, cómo fetichizaba mi corporalidad para mejor convertirla en espacio ajeno, en territorio de posesión y de control. De esta manera, curiosamente, el feminismo me preparó para que valorara en toda su dimensión el descubrimiento de empoderamiento que fue el gimnasio. En mi caso, para parafrasear el viejo lema, el feminismo fue la teoría, el gimnasio la práctica.



Fuente de la imagen:
www.2photo.ru/en/post/28545

Entre ejercicios, pesas y máquinas, el cuerpo se libera de constreñimientos cotidianos. Junto con la ropa de calle me despojo del tabú contra el sudor y el olor; por un rato olvido la coreografía habitual del movimiento, la que “protege” de acciones o movimientos “impropios” (entendiendo como impropio aquellos que, por transgredir límites establecidos, aumentan nuestra vulnerabilidad a la agresión externa). Y no estoy pensando solamente en las que podríamos llamar transgresiones al pudor, sino más bien en las que subvierten esa identidad de la debilidad, de esa tan femenina fragilidad, a través de cuyo ejercicio aprendimos a ignorar, o aún disimular, nuestra fortaleza física. Creo que justo de aquí proviene la exhilarante sensación de libertad que me da este lugar: de ser un espacio definido a partir de una necesidad regresiva de delimitación, de protección frente a un medio circundante que puede ser imprevisiblemente hostil—v.g., el estado de conciencia modal de las mujeres—mi cuerpo pasa a ser en el gimnasio un espacio de acción, de afirmación, de fuerza. Al influjo de las endorfinas, por una hora me deleito en esta nueva vivencia de mi ser físico, en el placer casi erótico de las sensaciones de mi creciente flexibilidad y fuerza.

Explico todo esto para situar en su contexto preciso el incidente que empezó ese día en el sauna. El joven desconocido, tan simpático, que me pone conversación cuando entro, para inesperadamente pasar a la modalidad macho estándar—mirada lasciva, voz afectada—y a los clichés (“qué bien tú te ves...”) del abordaje sexual. Los dos solos en un cuartito semi-oscuro, con los cuerpos sudorosos y desnudos debajo de la toalla. Mi primera reacción fue de estupor. Con una mirada, una frase, este tipo me estaba destruyendo la fantasía de autonomía y libertad corporal, la ilusión de que este lugar y esta actividad definían exactamente el papel de los cuerpos, asignándoles otros significados y otras reglas de juego. Con una frase tonta me estaba retornando a mi puesto, recordándome que, como mujer, no puedo usurpar ese patrimonio exclusivo de los varones: el derecho a sentirse inviolables en sus cuerpos, dueños de sí y del espacio que ocupan.

¹ Feminista y socióloga dominicana

Mi respuesta fue contundente. Con voz iracunda le hice saber que sus comentarios eran indeseados, que no tenía el derecho de abordarme como si yo fuera un pedazo de carne en una vitrina. Traté de hacerle entender que éste era un sitio especial, diferente, que aquí no podían aplicar las reglas de juego del mundo exterior (“esto no es una discoteca”, le repetí). Aquí yo no aceptaba ser tratada como objeto porque me sentía tan plenamente, tan gozosamente sujeta.

Intercambiamos agrietas y pensé que ahí terminaba la cosa. Después de todo, estas situaciones son perfectamente comunes, el pan nuestro de cada día, y el tipo no frecuentaba el lugar (ni siquiera lo había visto antes), así que no le di mayor importancia. Imaginen mi sorpresa cuando en mi siguiente visita al gimnasio él me estaba esperando, en desafiante actitud de ‘qué es lo se cree esta mujer’. Tan pronto empecé a calentar en la bicicleta estacionaria, se me paró delante con su gesto impertinente y su miradita lujuriosa a murmurarme las consabidas frasecitas, ya no en la actitud “galante” de la vez anterior sino con intención franca de hostigar, de mortificar. Mientras permaneció en la sala de máquinas me controló con la mirada, relamiéndose de gusto en afirmar se derecho a cosificarme con los ojos, a invadir descaradamente mi espacio personal, reduciéndome a la condición de unas nalgas, unos senos, una vulva claramente delineada por la licra de hacer ejercicios. Al final de la sesión me di cuenta de que, aunque él había terminado mucho antes que yo, no se había ido. Me estaba esperando en el sauna, donde estaríamos a solas. La vez anterior mi reacción lo había tomado de sorpresa, y no alcanzó a decir gran cosa, pero hoy no iba a quedar duda de quién era quién.

Extraña ironía la de mi situación. De la sensación de seguridad y posesión de mí misma que durante un año me dio el gimnasio, había pasado súbitamente al temor de la presa acosada. La corporalidad exaltada de mi afirmación física se había vuelto contra mí, haciéndome más patentemente carnal, más fácilmente reducible a la condición de cosa. El lugar que antes me daba la más exquisita libertad, de repente me hacía sentir la mayor vulnerabilidad. Me di cuenta de que la indignación del primer incidente se había convertido en impotente temor: este hombre me daba miedo, y este miedo me humillaba en lo más profundo.

Ese mismo día reporté lo ocurrido a los encargados del gimnasio, quienes inicialmente estuvieron de acuerdo en que una situación de hostigamiento era completamente inaceptable en el contexto del gimnasio. Hablarían con el tipo, y hasta lo amenazarían con retirarle la membrecía. Y ciertamente hablaron con él, aunque mejor que ni lo hubieran hecho, porque la historia terminó como usualmente terminan estas historias: con el agresor reivindicado y la mujer revelada como una mentirosa, arpía, histérica y/o lesbiana.

La bravuconada con que me confrontó el tipo en mi siguiente visita—así como la actitud de los encargados y de los habitués varones de la sala de máquinas—tradujo claramente lo ocurrido. Evidentemente que hubo una dilucidación masculina del caso, a partir de la cual la versión oficial me pintaba como una especie de loca que había reaccionado histéricamente ante un simple halago, ofrecido sin ninguna mala intención y que, encima, me atreví a levantarle calumnias al tipo, pintándolo como un “degenerado”, lo cual ciertamente él no era, como atestiguaron los “muchachos” de la tanda matutina. Los varones, incluyendo los encargados, cerraron filas con el agresor; la intrusa era yo, y seguramente era lesbiana. Sólo así se explicaba mi extraño comportamiento, dado que, presumiblemente, una mujer “normal”, en su sano juicio, jamás habría reaccionado de esta manera. Como si la agresión no fuera suficiente, ahora tenía que aguantarme el chantaje implícito en la acusación de lesbianismo, que en este contexto era una clara amenaza.

Este affaire me afectó enormemente, y repasarlo, analizarlo, explicarlo se convirtió en obsesión de varios días. Algo que me llamó poderosamente la atención en esta reflexión posterior fue la evidente sinceridad de estos hombres. Ellos no estaban encubriendo algo mal hecho, sino defendiendo un inocente. La voz del agresor temblaba con indignación genuina cuando me acusaba de haberlo calumniado ante los encargados. Ante sus propios ojos, él no había hecho absolutamente nada que pudiera dar pie a mi denuncia de hostigamiento. Supongo que, ante sus propios ojos, todo lo que hizo cabe perfectamente dentro de sus prerrogativas masculinas habituales. Y no hay que ir muy lejos para entender por qué. Cualquier colmado después de las siete de la noche ofrece una muestra de la cultura vigente de la masculinidad, de la que comportamientos como éstos son parte integral. Particularmente entre los jóvenes, que sienten más agudamente la necesidad de establecer sus credenciales masculinas, esta cultura promueve una afirmación caricaturesca de la virilidad mediante la agresividad, la fanfarronería, el ruido, la violencia. El acoso verbal, como expresión de potestad sexual masculina, es parte integral de esta normatividad.

Y conste que los hombres del gimnasio no eran los típicos tígueres de colmado, sino estudiantes universitarios de clase alta, como atestigua su membrecía en un establecimiento bastante exclusivo. Ellos son la elite dominicana, los que van a las mejores escuelas y universidades del país y del extranjero, los que tienen el mejor acceso a los medios informativos—incluyendo la TV por cable—y a los que, por tanto, difícilmente les hubiera podido pasar desapercibido el caso Thomas-Hill, con su discusión detallada del fenómeno en cuestión. Son el tipo de jóvenes en los que esperaríamos encontrar actitudes mínimamente cambiadas, después de todos estos años de lucha de las mujeres.

Pero resulta que no, resulta que en las esferas en que de verdad cuenta, el privilegio masculino sigue intacto. Como sus padres y sus abuelos, y como cualquier varón de cualquier clase social, para estos hombres abordar sexualmente a cualquier mujer sola, en la situación o momento que les dé la gana, es la afirmación ritual de lo que se percibe como un derecho absoluto, como demuestra la ferocidad con que el tipo reaccionó ante mi rechazo. Es el ritual atávico con el que se afirma la dominación a través del derecho de posesión sexual, cuya manifestación moderna más benigna es el acoso sexual y la más maligna la recientemente observada en Bosnia-Herzegovina. Hoy igual que siempre, la normativa cultural sigue siendo que la mujer asuma pasivamente la condición de pedazo de carne a que se le consigna, y que hasta se sienta halagada en el proceso. ¿A qué mujer en su sano juicio puede gustarle que cualquier desconocido le diga lo buena que está? Gustamos, ergo somos. Y quien proteste por este estado de cosas es por definición histérica, loca o lesbiana.

¿Por qué este incidente, tan común y corriente, de severidad menor en la escala de las agresiones sexuales, me afectó tanto? ¿Por qué hacer una pataleta existencial y hasta escribir un artículo por algo que de tal manera forma parte de nuestra cotidianidad como mujeres? Ciertamente que el episodio me amargó bastante la experiencia del gimnasio, donde jamás he vuelto a sentirme tan relajadamente dueña de mí como antes, y donde además tengo ahora que aguantarme la hostilidad silente de los “muchachos”. Y cierto que, por más impávidas que las mujeres pretendamos mantenernos, el acoso sexual siempre nos humilla, siempre nos violenta internamente.

Pero claro que no se trata sólo de eso. Este incidente es uno más de la serie que últimamente me vienen rebosando el vaso de las frustraciones acumuladas con el modelo de feminismo vigente y con mi propia militancia en él. Es otra de esas extrañas maneras de canalizar lo que se me ha convertido en una gran crisis vital—y no es para menos, considerando que durante tanto tiempo el feminismo ha sido el prisma a través del cual he mirado al mundo, a mí misma, a mi vida. ¿Cómo

bregar con el fin del feminismo como yo lo he sentido y vivido durante toda mi vida adulta? ¿Cómo encarar la realidad de que mis concepciones políticas se han vuelto esencialmente incongruentes con las de mi medio? Que sean diferentes, como en muchos sentidos siempre lo fueron, es una cosa. La diferencia siempre se podía (aspirar a) manejar a partir del principio feminista de la coexistencia dentro de la diversidad. Pero otra cosa es la incongruencia, la sensación de alienación, la pérdida de la identidad común.

Hace ya un par de años que empecé a problematizar la distancia progresivamente mayor que separaba mis posiciones políticas de las corrientes dominantes al interior de la comunidad de mujeres de la que formaba parte. Y digo "comunidad de mujeres" porque ya hace mucho tiempo que en República Dominicana murió hasta la fantasía de alguna vez crear un movimiento feminista. De hecho, a medida que el movimiento de mujeres se fue convirtiendo en la gran sombrilla que nos cobijaba a todas, el mismo término "feminista" cayó en desgracia, adquiriendo la connotación excluyente y elitista que ahora tiene para muchas compañeras.

Creo que el punto crítico de contradicción con esta comunidad de mujeres ha sido mi creciente percepción de retroceso frente al sentir predominante de avance. Tengo la impresión de que los cambios logrados por la lucha de las mujeres en la sociedad dominicana se están verificando mayormente en la periferia de la estructura de poder patriarcal, dejando intactas las esencias. Y este punto de vista es una excentricidad en un medio donde todo el mundo—tanto en la comunidad de mujeres como en la sociedad en general—parece estar de acuerdo en que nuestra lucha está cosechando grandes éxitos. A todos los niveles se destacan los logros, los avances, las transformaciones. Que si cada día se institucionalizan más las demandas de las mujeres. Que si en el país la Secretaría de Educación incorpora la crítica genérica a la revisión curricular, y en las principales universidades se establecen unidades para estudiar nuestra condición, mientras las Naciones Unidas nos ofrece foros mundiales donde redefinir conceptos androcéntricos de derechos humanos. Es innegable que la mujer dominicana se ha incorporado velozmente a la educación y al empleo, y que crece el respeto a nuestras demandas de participación política. El monto de recursos para las ONGs de mujeres, para las microempresas de mujeres, para los proyectos de promoción de las mujeres en general ha crecido enormemente, como sigue creciendo la legitimidad social para la demanda de igualdad de derechos. La lucha de las mujeres ha dejado de ser polémica; las demandas y reivindicaciones que elegimos plantear son perfectamente respetables.

Y esto para mí es justamente el nudo de la cuestión, la punta por donde empezó a desenredarse la madeja de mi crisis política-personal. No es sólo el acto reflejo de la mente subversiva, a la que la respetabilidad social de la índole que sea le resulta a priori sospechosa (y que conste que ésta me sigue pareciendo una actitud correcta, por desfasada y "superada" que en estos tiempos parezca). Pero no se trata de un recelo simplista de la legitimidad, sino de cuestionamientos políticos difíciles sobre las decisiones políticas que nos llevaron a buscarla, lo que ha costado obtenerla y lo que cuesta ahora mantenerla.

La interpretación de un fenómeno dependerá del cristal a través del cual se mire, y está claro que el fenómeno de la legitimación social del feminismo es una moneda con dos caras: la optimista, que percibe la moderación y la institucionalización como la vía pragmática de concretizar las transformaciones, mediante el acceso paulatino a las instancias de decisión y de poder; y la pesimista, que se mortifica con el carácter y la magnitud de las concesiones y los acomodamientos que exige esta aceptabilidad social, y asume con escepticismo los logros obtenidos a cambio. La misma lógica dual aplica a asuntos específicos, como la creciente incorporación de las mujeres dominicanas al mercado laboral, fundamentalmente a través de las zonas francas. Visto el trabajo

remunerado como prerequisite indispensable para la consecución de mayores niveles de autonomía personal y colectiva, las zonas francas (y el turismo, y la agro-industria) presentarían un balance mayormente positivo. Pero vistas las cosas desde la otra orilla de la década maldita de los años 80, cuando el Nuevo Orden Global terminó de depauperizar al Sur para mejor convertirlo en la sirvienta internacional del sistema, el balance es otro. Desde ahí lo que se ve es una incorporación selectiva al mercado laboral del sector de la población más vulnerable a la sobreexplotación, incorporación que ha sido determinada casi exclusivamente por los requerimientos y constreñimientos de este nuevo orden.

Durante mucho tiempo traté de ver el lado positivo, de asumir los tan mentados logros como el prelude necesario a las grandes transformaciones de la sociedad y de la conciencia que pautarían un nuevo accionar cotidiano y un nuevo ethos cultural. De estos procesos surgirían generaciones de mujeres empoderadas, capaces de ampliar las demandas y profundizar las transformaciones. Pero los esfuerzos por aferrarme a la utopía se me desvanecen cuando considero la agenda política de las agencias internacionales (privadas, estatales y bilaterales) que han venido financiando el "avance" de las mujeres del Sur.

La primera vertiente de este financiamiento ha sido la Promoción de la Mujer para el Desarrollo, concepto que en muchos sectores se ha vuelto sinónimo con el feminismo o con la lucha de las mujeres, pero que en el contexto de los años 80 quedó evidenciado como una simple estrategia de amortiguación de la pobreza—porque a estas alturas hay que ser muy ingenua para creer que en los países empobrecidos del Sur hay o va a haber "desarrollo" en mucho tiempo.

La segunda vertiente, íntimamente relacionada a la anterior, tiene un carácter más insidioso: es la instrumentalización de la mujer, a través de la promoción selectiva de sus derechos, para el logro de objetivos poblacionales. Consideremos primero que en los últimos diez años todas las agencias internacionales con intereses en el área de la planificación familiar se han convertido en donantes generosas de los movimientos de mujeres en el Sur. Esta generosidad no es gratuita ni es casual. Desde los años 70, sus estudios evaluativos demostraban que las décadas de programas de control poblacional puro y simple, apelando si era necesario a métodos coercitivos, habían tenido poco éxito. Pero estos mismos estudios indicaban la importancia del status de la mujer como determinante social de la fecundidad, siendo ésta la razón para que desde comienzo de los 80 los programas de control poblacional en el Sur incorporaran la promoción de los derechos femeninos. Fuera de un reordenamiento global con equidad, que permitiera un verdadero desarrollo en el Sur, este experimento en ingeniería demográfica resulta la estrategia más efectiva de reducción de la fecundidad. Es como una especie de atajo a lo que fue el propio proceso en el Norte, donde la caída de los índices de fecundidad fue un efecto directo del desarrollo socioeconómico. Sólo que ahora, en vez de desarrollar la sociedad en su conjunto, basta con "desarrollar" parcialmente a las mujeres pobres del Sur.

A las consideraciones políticas, económicas, y raciales de los que promueven la agenda del control poblacional como sucedáneo del desarrollo real, se agrega en los últimos años la cuestión ambiental: no es sólo que los pobres del mundo boicotean sus propias posibilidades de desarrollo por reproducirse como conejos, sino que encima amenazan la salud del planeta con su inconsciencia reproductiva. Y es precisamente porque las conejas del mundo son mujeres que ellas y su fecundidad serán el blanco principal de las discusiones en la próxima Conferencia de Población y Desarrollo en El Cairo, donde los países del Norte propondrán—y los del Sur aceptarán—"soluciones" interesadas a la pobreza, el subdesarrollo y la destrucción ambiental. No es de extrañar que el despacho de EFE que reseña la reciente reunión preparatoria en Nueva York

se refiera equivocadamente al evento de El Cairo como “la cumbre mundial sobre población y planificación familiar”) (Hoy, 25 de abril de 1994, p. 23).

La consolidación al interior de las agencias internacionales de la perspectiva del control poblacional vía la promoción de la mujer para el desarrollo ha sido en buena medida responsable de la considerable proyección y legitimación global del movimiento de mujeres en los últimos años, sobre todo en la década transcurrida desde Nairobi. En este tiempo, las feministas reclutadas en grandes números por las agencias han hecho lo posible por cambiarle la cara y el discurso al sistema internacional de financiamiento, aunque todavía queda por verse hasta qué punto lograrán cambiarle la agenda política. En República Dominicana, como en el resto del Sur, este período ha visto la institucionalización y burocratización del movimiento de mujeres mediante el financiamiento selectivo de proyectos y ONGs (y, a nivel internacional, de redes). Falta por ver, a la larga, quién ganará (o perderá) más de esta utilización consciente de la otra parte para el logro de fines propios.

Temo que para las mujeres, éste haya sido un pacto faustiano. ¿Podrá ser casualidad que la década de la burocratización global del feminismo haya sido la misma de la banalización y del ‘backlash’ del supuesto post-feminismo? ¿Hasta qué punto la decisión de trabajar desde dentro del sistema es realmente una forma pragmática de subversión a largo plazo, o simplemente una adecuación a un patriarcado triunfante al que ahora nos conformamos con reformarle la periferia? En otra época el fin era transformar la sociedad; ahora es integrarnos a ella en igualdad de condiciones (con el propósito de cambiarla desde adentro, se decía, pero cada vez se dice menos).

En la medida en que uno de los recursos principales para la cooptación del movimiento ha sido justamente la instrumentalización de las ONGs autónomas de mujeres, el crecimiento y afianzamiento de la base institucional del movimiento de mujeres en República Dominicana en la última década amerita mucho mayor consideración de la que ha recibido. Con pocas excepciones, estas ONGs están comprometidas en proyectos que directamente o indirectamente vehiculizan la promoción de la mujer para el desarrollo. Hace perfecto sentido, entonces, que la mayoría no se defina como feminista, sino que se identifique y promueva el llamado movimiento de mujeres.

La confusión con la terminología (movimiento feminista, de mujeres, comunidad de mujeres, etc.) en este artículo no es producto del descuido. Es que diez años atrás éramos feministas y hablábamos del “movimiento feminista”, un proyecto incipiente y marginal cuyos contornos estaban aún en proceso de definición. Cinco años atrás ya no estábamos tan seguras de si éramos feministas, o de qué tipo de feministas podíamos ser exactamente, y hablábamos de la construcción de un “movimiento de mujeres”. Ahora es evidente que una de las concesiones hechas en aras de la legitimación fue renunciar a la posibilidad de crear un verdadero movimiento feminista. Sólo nos atrevimos—o sólo creímos factible—la construcción de un movimiento de mujeres, y ahora nos conformamos con la ficción de que tal movimiento existe, cuando en realidad lo que existe es un movimiento de ONGs de mujeres, sin ninguna articulación orgánica y con una capacidad de convocatoria insignificante. Y aún este término es discutible, considerando que estas ONGs son proyectos individuales, con objetivos específicos y con agendas políticas propias. En todos estos años las ONGs nunca nos planteamos seriamente la posibilidad de construir, desde nuestras especificidades, una agenda política común. Nuestra falta de visión política ha sido tal que ni siquiera hemos sido capaces de consolidar una instancia efectiva de coordinación interinstitucional, a pesar de todas las energías, la dedicación y el esfuerzo puesto en la Coordinadora de ONGs del Área de la Mujer.

Claro que la burocratización del feminismo no ha sido solamente efecto de las políticas financiadoras de las agencias internacionales. También hay que mirar a lo interno del movimiento, porque la búsqueda de la legitimidad genera su propia dinámica de cooptación. Desde adentro las cosas se ven muy diferentes de como se ven desde afuera, por lo que hay un síndrome inevitable de moderación política involucrado en el proceso de acceder al sistema. Y no hay que perder de vista que la domesticación del feminismo fue por derecho propio un fenómeno característico de los retrocesos de los años 80, la década de la desarticulación de utopías, de la desmovilización y la reacción política en todos los frentes y en todas las latitudes.

Y la verdad es que tampoco hay que mirar hacia atrás con lentes color de rosa: el feminismo dominicano siempre aspiró a la respetabilidad. Quizás porque los antecedentes y los vínculos de izquierda de la mayoría de las feministas nos llevaron a dar demasiado importancia a la aprobación de los compañeros en las luchas progresistas; quizás porque la temprana articulación del movimiento en centros nos impuso la necesidad de proteger y preservar intereses institucionales; quizás porque era demasiado riesgoso asumir discursos radicales en un medio tan cavernario como el dominicano. Por las razones que fueren, desde muy temprano el feminismo en República Dominicana optó por una estrategia de no confrontación, asumiendo progresivamente causas y discursos con los que ni siquiera los guardianes más celosos del statu quo patriarcal se sienten amenazados.

Esta estrategia de no confrontación es la razón de que las demandas de las mujeres en República Dominicana casi siempre hayan girado en torno a la esfera pública—educación, trabajo, salud, reforma legal, participación política, etc.—y casi nunca en torno a la esfera privada. Porque es en esta última donde residen los privilegios que el patriarcado no está dispuesto a conceder: el derecho al control último de la sexualidad y del cuerpo de las mujeres, y por ende de todas las demás áreas vinculadas a este control (la familia tradicional, la maternidad, la moralidad “privada”, la pornografía, etc.). Claro que siempre hubo feministas que abordaron estos temas, como las que hablaron de aborto en los años 70, o las que hablaron de lesbianismo y heterosexualidad compulsiva en los 80, pero siempre fueron las menos, y este tipo de discurso fue rápidamente descartado por el ‘mainstream’ institucional a medida que éste se fue estableciendo. De violación marital ahora sólo se habla, por ejemplo, desde el punto de vista utilitario de la epidemiología del VIH. Y de aborto, como todas sabemos, mientras menos se hable, mejor.

Al mirar atrás y tratar de hacer sentido de mis diez años de militancia feminista, encuentro dos vivencias preñadas de significado, ambas relativas a luchas de la esfera privada. Una fue la virtual ausencia de las mujeres organizadas en el gran debate público del aborto en 1992. La otra fue el piquete al Concurso Nacional de Belleza en 1988, y la salvaje campaña de ridiculización y descrédito desatada por los medios de comunicación contra las feministas como castigo a esa acción. Para mí este último evento es emblemático de los procesos mediante los cuales la sociedad masculina nos fijó las reglas del juego, nos estableció los parámetros del accionar feminista “aceptable”, v.g., el que reforma la periferia sin pretender subvertir las esencias. En este caso, que pidan igualdad formal de los derechos, siempre y cuando eso no implique menoscabo alguno a nuestro derecho de verlas desfilar como vacas glorificadas por las pasarelas de las ferias de belleza (o de la publicidad, o de la pornografía...).

Mecanismos más sutiles de aprobación-desaprobación han ido definiendo los parámetros en todas las esferas de nuestro accionar colectivo. Así, por ejemplo, las instancias más representativas del patriarcado exaltan a coro la creciente incorporación de las mujeres al mundo del trabajo remunerado—siempre y cuando esto no afecte nuestro rol de madres/esposas consagradas, ni

ponga en peligro de ninguna manera nuestra "femineidad". Y que nadie ande haciendo discursos sobre la doble jornada, la discriminación laboral o el hostigamiento sexual en el trabajo, que las mujeres superamos esa desafortunada tendencia a sentirnos victimizadas y a andarnos quejando todo el tiempo. Ahora que las "estridentes" de años atrás han sido superadas, se nos puede tomar más en serio. ¿Será por eso que ahora el 8 de Marzo ha salido del gueto, y se celebra casi con los mismos honores que las otras dos grandes festividades de las mujeres, el Día de las Madres y el Día de las Secretarías? De verdad falta poco para que las grandes tiendas por departamentos tengan grandes especiales de perfumería y cosméticos en ocasión del Día Internacional de la Mujer.

Claro que esta banalización del feminismo no ha sido privativa de la República Dominicana. En todas las latitudes, del Norte y del Sur, han hecho un excelente trabajo de convencernos de que la época de los "radicalismos" y las "estridentes" quedó superada; que, de hecho, el feminismo tuvo un gran éxito tal, que en los años 80 se volvió redundante, dando paso a la época del "post-feminismo" que ahora disfrutamos. Afortunadas nosotras, que nos liberamos de todos esos remilgos que en otros tiempos nos hubieran impedido disfrutar tranquilamente una obra de arte como El piano, o mirar la TV por más de diez minutos sin sentirnos agredidas por la misoginia de la cultura popular.

En esta onda post-feminista llegamos a la gran prueba de fuego de 1992: la inadvertida aprobación por la Cámara de Diputados de un Anteproyecto de Código de Salud que contemplaba la despenalización parcial del aborto por causas médicas. ¿Cómo explicar que cuando se desató el furioso debate nacional en torno al aborto, el movimiento de mujeres como tal no fijara una posición al respecto? ¿Cómo explicar que tantos centros y organizaciones de mujeres arguyeran que no podían intervenir en la discusión porque nunca habían considerado el tema, como si se tratara de un tema más, como si no se hablara literalmente de un asunto de vida o de muerte que involucra un derecho tan elemental como el control del propio cuerpo? ¿Por qué tantos otros centros y organizaciones simplemente callaron?

Cierto que todas sabíamos desde siempre que el aborto (junto al lesbianismo, no coincidentemente) era uno de los grandes tabúes del feminismo en República Dominicana. El derecho al control del cuerpo y el derecho al control de la sexualidad eran los esqueletos eternos de nuestros closets, mientras algunas tratábamos, supongo yo, de convencernos de que estratégicamente era necesario consolidar el movimiento antes de exponerlo a los ataques de una sociedad tan violentamente androcéntrica e intolerante. Pero en vista de que el movimiento estaba requeteconsolidado en 1992, cuando el Anteproyecto nos puso el tema delante en bandeja de plata, no hubo otra alternativa que quitarse la venda de los ojos y reconocer que no se trataba de una táctica temporal sino de una vocación permanente. El establishment institucional simplemente no estaba en disposición de arriesgar los beneficios de la legitimidad. El affaire del Anteproyecto de Código de Salud dio la medida exacta de la disposición del movimiento de mujeres a transigir, a acomodar, a conceder.

Y fue así como el debate del aborto resultó ser mayormente un asunto donde los hombres—particularmente los de las altas jerarquías de la iglesia católica—discutieron y decidieron sobre los cuerpos y las vidas de las mujeres. Mientras, las mujeres dominicanas desperdiciamos una extraordinaria oportunidad de trascender la periferia e irnos directamente al corazón de las esencias, y de paso quizás articularnos en torno a una lucha política común—la Iglesia Católica ganó de calle un debate en el que realmente no tuvo interlocutores/as, sino los acólitos de siempre. No sólo ganó el debate, sino que su posición política salió fortalecida de él; aumentó su prestigio como guía y conciencia espiritual de la nación; renovó y movilizó su militancia; y

estableció la infraestructura organizativa de un amplio movimiento “pro-vida”, hasta entonces inédito en el país. El affaire del Anteproyecto le fue tan, pero tan beneficioso, que por primera vez la iglesia católica dominicana se atrevió a montar una campaña abierta contra la planificación familiar, equiparando la anticoncepción al aborto. Y entre las acciones de esta cruzada no hay que olvidar la que obligó a la Secretaría de Educación a suspender el programa de educación sexual (diseñado por PROFAMILIA) utilizado en el sistema público durante diez años, el cual está siendo ahora “rediseñado” con la “participación” de la Iglesia (Hoy, 24 de febrero de 1994, p. 16). ¿De qué avances de las mujeres podemos hablar exactamente, cuando la iglesia católica es capaz de interferir de esta manera con nuestros derechos reproductivos básicos, imponiendo con completa impunidad un nivel de absolutismo ideológico que ya creímos superado?

Es en este contexto que incidentes como el del gimnasio, que una vez me incitaban apasionadamente a la lucha, ahora son solamente fuente de frustración, porque además de ofenderme me recuerdan la utopía perdida. Me recuerdan que nuestra vida personal es cada vez más personal y menos política, como si la cotidianidad del cuerpo, la casa y la cama no hubiesen sido el punto de partida y el referente permanente de ese feminismo que nos transformó radicalmente la conciencia y que nunca aspiró a menos. Ese feminismo que ya ni nos atrevemos a reclamar, porque es políticamente incorrecto pretender apropiarnos de términos que nos pertenecen a todas (y hasta a todos), no importa los abismos que puedan separar nuestras visiones. Pero es como dice Janice Raymond: si no nos atrevemos a definir lo que significa el feminismo, entonces, ¿qué significa el feminismo?

Es en este contexto que incidentes como el del gimnasio me recuerdan que soy una dinosauria de un época “superada”, cuando el feminismo era subversivo y transgresor, y estaba por definición enfrentado a los poderes establecidos. Mi mentalidad política, que, arrogantemente, siempre creí de vanguardia, se me ha vuelto obsoleta. En la resaca de la década maldita las prioridades parecen ser los proyectos costosos, las grandes conferencias, los convenios aquellos de las igualdades formales que nuestro representante en las Naciones Unidas firma con el mayor descaro para que el Estado luego ignore con el mayor cinismo.

¿Cómo resignarme a que ya en nuestro país el feminismo no asuste ni ofenda a nadie, ni siquiera —por las diosas— a los grandes misóginos que pueblan los medios de comunicación? No me resigno. Antes que resignarme, renunció (aunque, como dijo una vez una mujer, esto no es un club, que una pueda simplemente entregar el carnet).



Artículo reproducido en [La Correa Feminista N° 12, primavera 1995](#). Tomado de la revista *Género y Sociedad*, del Centro de Estudios de Género, Vol. 1, N° 3, Santo Domingo, enero-abril 1994.